

EL TÍTULO QUE HONRÓ AL HÉROE

Por Rafael Jesús de la Morera

La República de Cuba nació el 10 de abril de 1869, con la Constitución de Guáimaro, proclamada en esa ciudad del territorio de Camagüey. Su principal artífice fue un joven abogado, que desde hacía seis meses era uno de los principales líderes de la lucha emancipadora cubana: Ignacio Agramonte y Loynaz.

Pronto, convertido en Mayor General, será la figura epónima de la contienda. Sus dotes de organizador y guerrero sin par, le ponen a la vanguardia de la redención de la patria.

A ello se unió un carácter noble y justo, forjado por una familia que le educó en los principios de la fe católica y le hizo digno de los ideales más puros de los caballeros, estirpe de revolucionario ejemplar. Su prematura caída en combate fue una pérdida sensible a la causa cubana, de la que nunca se recuperó la contienda de los Diez Años.

El 11 de mayo de 1873, al ser abatido por el fuego de oculto enemigo, comenzaba una leyenda imperecedera, el Mayor Ignacio Agramonte sería conocido desde entonces como el Bayardo Cubano; el eximio caudillo libertador recibía un título inmortal, que bastaría al escucharlo para conocer la talla de tal héroe. Sin embargo, ¿cuántos cubanos sabemos de verdad qué significa ser el Bayardo Cubano? Porque ese nombre trascendió para honrar al Mártir de Jimaguayú.

No dedicaremos este artículo a narrar la vida del insigne patriota camagüeyano, dejaremos esa tarea a mejor pluma; identifiquemos ahora al coloso cuyo patronímico ratifica su calidad de símbolo que representan las virtudes y la gloria del caballero intachable, ideales idóneos para la educación de nuestros hijos, que así, al estudiar al Mayor, también verán en él al verdadero paradigma de la juventud nacional. En la región del sureste francés conocida como el Delfinado se encuentra el Valle de Graisvaudam con sus altas montañas y torres almenadas que la vigilan y protegen de intromisiones extrañas.

En uno de sus baluartes, el castillo de Bayard, situado a treinta kilómetros de la ciudad de Grenoble, nació en 1474 el niño Pierre du Terrail, el mismo nombre de su abuelo al que llamaban *La Espada du Terrail*, muerto en combate, igual que todos sus antepasados durante siglos antes que él.

El padre, Aymón, señor del castillo, es feliz cuando sueña que este niño de profundos ojos negros, será algún día héroe en el campo de batalla y reivindicará su nombre defendiendo esos valores que le son tan caros, y que él se encargará de sembrar bien profundo en su alma. Y ara en terreno fértil.

El niño, como una esponja, lo absorbe todo, asimila con afán las normas de conducta que con afecto le brinda su madre, aprende con placer las lecciones de ciencias y religión, y acosa a su padre con preguntas sobre sus antepasados, hasta que en las largas veladas, junto al fuego del Gran Salón, se extingue cada noche después de compartir los momentos de gozo familiar, la última llama.

A los 12 años, como era costumbre, el joven Pierre pasa como paje a otro castillo, entrará al servicio de Carlos I de Saboya (cuyos descendientes serán algún día reyes de la Italia unida), en donde deberá iniciarse en los usos de las armas y en las maneras sociales que se requieren de los de la casta noble a la que pertenece.

Con las primeras luces del amanecer, el 8 de abril del año 1486, Pierre, jinete en brioso corcel, parte hacia el sur de Francia, espigado y fuerte, adusto el rostro, dueño de los sueños y virtudes que sus padres le han inculcado, de las raíces que le dieron vida, del ambiente lleno de tradiciones de su querido valle, lleno de recuerdos de caballeros medievales, esperando por él para que forme parte de ellos.

En la corte del Duque de Saboya comenzará a hablarse de las hazañas de un joven y desconocido guerrero francés. Tantas y tan extraordinarias, pero con el común denominador del reconocimiento de los atributos personales que le distinguieron, y que se sintetizan en su valor a toda prueba y en su conducta libre de toda mancha.

Increíble es su arrojo en el combate. En Italia persigue a las tropas en desbandadas del Duque de Milán, Ludovico Sforza (El Moro), las que buscan refugio en la ciudad amurallada, y lo hace con tanto fervor, que queda con ellas encerrado adentro... ¡y cae prisionero de sus perseguidos!

Hay, sin embargo, un caballero en el Duque, quien, admirado de tanto valor, lo pone en libertad, sin exigir siquiera el acostumbrado rescate. En otra ocasión lo encontramos en la batalla de Marignano, que libra el Rey Francisco I de Francia contra los auxiliares del Duque de Milán y las hasta entonces invictas tropas suizas.

Y son las hazañas de Bayard decisivas en el triunfo de su señor, quien lo nombra Primer Caballero de la Nación, y le pide a su súbdito que le arme caballero en el campo de batalla. Se hinca el rey de rodillas ante Pierre du Terrail y se efectúa la ordenación con su espada, hecho sin precedente en los anales de la monarquía gala.

Con la victoria de Mezieres, en septiembre de 1521, alcanza Bayard la cima de su gloria militar. Esta victoria salvó al reino de Francia de la invasión y ocupación de la nación por las fuerzas del Emperador Carlos V. Traducimos de Samuel Shellabarger: "...un hombre en los labios de todos, un libertador nacional. Durante el sitio de Mezieres, es leyenda que él no tocó ni un pedazo de pan ni bebió vino por quince días. Se compusieron canciones en su honor.

Recibido por el rey en Fervaques, le ordenó éste, Caballero de la Orden de San Miguel, una gran distinción en esa época; le dio el mando de cien lanceros y le nombró Capitán en Jefe, posición reservada hasta entonces a los príncipes de sangre real".

Poseía una profunda fe católica, por eso jamás cometía hechos indignos, no participaba en saqueos, prohibía a sus hombres dañar a civiles, exigía respeto para las mujeres.

Cuando está con su aliado, el Duque de Ferrara, de los aristocráticos d'Este, en una difícil situación militar frente a las tropas del Papa Julio II, defensor de Italia ante los invasores franceses, le comunica el duque los planes para el asesinato del Pontífice guerrero; entonces Bayard se niega a ello incrédulo e indignado, e impide enseguida la cobarde consumación de tal atrocidad. No era esa la forma en que él lograba sus victorias.

Pasa incólume la prueba del abuso del poder, incluyendo el abuso de la mujer, y eso que constan sus numerosas y afortunadas aventuras amorosas.

Por ejemplo, devuelve a su hogar, sin mancillarla, a una pobre joven que le han traído vendida por su madre hambrienta, dándole además una dote para sus bodas. Y aunque recrimina duramente a la madre, la ayuda igualmente con sus fondos, nunca muy abundantes; además, se bate en duelos con frecuencia en defensa de mujeres ofendidas y acostumbra salir vencedor.

Siempre le rodeaban amigos sinceros, con quienes compartía alegrías y tristezas, derrotas y victorias; se ayudaban en trances difíciles, incluso espadas en ristre, además el dinero de la paga servía para los gastos de todos. Es evidente que no fue únicamente el valor, lo que situó a este hombre magnífico en el sendero a la cumbre de la posteridad.

Basten estos pocos episodios para constatar las dotes excepcionales y el valor de este soldado y caballero ejemplar, que un día infausto del año 1524, un 30 de abril, durante la campaña de Lombardía en el Piamonte italiano en una batalla cerca de Ivrea, Turín, norte de Italia, cae mortalmente herido en un barranco del río Seisa por una pedrada disparada por un arcabuz, que, como una doble ironía, le hiere por la espalda mientras dirigía la retirada de Gatinara, al recibir el mando de su incompetente jefe, el Mariscal Bonnivet, quien derrotado por los incontrastables tercios españoles, abandona el campo de batalla. ¡A él, que no sabe de retiradas y que ha ofrecido tantas veces el pecho al enemigo!

Herido de muerte, su espíritu aún intacto, lega a la posteridad un final incomparable: lo recogen sus compañeros de armas y lo recuestan a la sombra de un árbol. Ante los españoles que avanzan, ordena que lo abandonen para que no caigan prisioneros; no sin antes pedirles, casi a punto de expirar, que le sitúen la cabeza en posición tal que pueda mirar de frente al enemigo que se acerca.

Al llegar las victoriosas tropas españolas de Carlos V junto al moribundo, con ellas arriba el duque Carlos de Borbón, Condestable de Francia, viejo amigo que se ha pasado a las armas del Emperador. El Condestable se acercó al caído con palabras de conmiseración, y Bayard le dice: "Os agradezco, señor, la compasión que por mí mostráis, pero no es a mí a quien hay que compadecer aquí, a mí que muero sirviendo a mi rey, sino a vos, que hacéis armas contra vuestro soberano, vuestra patria y vuestro juramento". ¡Digna respuesta que recogerá la Historia para imprimirla en la página de los inmortales!

El momento es solemne, los vencedores caballeros españoles, para su crédito eterno, rinden el tributo de su mayor respeto al héroe que expira; pide que le coloquen la espada sobre el pecho, confiesa sus pecados a su escudero Champier y entrega su alma al Altísimo. Los guerreros ibéricos, haciendo gala de su tradicional hidalguía, conducen con sumo cuidado el cuerpo del coloso hacia las tropas francesas y luego del último saludo militar, hacen entrega de los restos mortales a los compañeros del rival caído, para que se realicen las ceremonias correspondientes a su rango y prestigio sin par.

Nace para la civilización, el nombre que había elevado a símbolo el valor y la conducta imaculada, y al que honrarían por igual amigos y enemigos, privilegio éste reservado sólo a la grandeza. Ha terminado la epopeya de Bayardo, comienza su leyenda.

Todo nombre que trasciende alude a características, a hechos, a aspectos inherentes a las personas que lo comparten. Por eso es válido el símil entre los excelsos Pierre du Terrail y el Mayor Ignacio Agramonte.

Una síntesis de estos atributos y cualidades morales formadas desde la cuna, la encontramos en el valor y en la conducta de caballero sin miedo y sin tacha que observamos en cada héroe, tanto en Agramonte como en el Bayardo francés.

Fue la caballería el arma de ambos. Caen combatiendo al mismo enemigo, tropas españolas, con diferencia de tres siglos. Y son similarmente heridos en escaramuzas en las que no se encuentran combatiendo. El francés, en los momentos en que se retira ordenadamente del campo de Gatinara.

El camagüeyano, según lo establece el Dr. Juan J. Cassaus (*Jalones de Gloria Mambisa*), al atravesar el potrero de Jimaguayú –cuyo nombre inmortalizara– para unirse a su caballería; instantes en que es alcanzado por una bala del enemigo emboscado.

Por último, ocurre la trágica coincidencia de sus capturas por el enemigo. El uno ya fallecido, el otro a punto de expirar.

Tanto el Caballero du Terrail como el Mayor Agramonte fueron producto de sociedades con arraigadas tradiciones familiares y religiosas con estrictos códigos de conducta.

Adornó a ambos un definido sentido del ideal, del deber y de lo heroico, que bebieron en la fuente de su ambiente vinculado a la tierra, ambiente que, como bien señala el doctor Carlos Márquez Sterling, “forma hombres de carácter valiente, generoso y noble”.

Si imperecedero será siempre el recuerdo del valor personal de ambos héroes, también será la conducta noble y limpia, la que hermanándolos, elevó a estos hombres de leyenda al pedestal de los grandes de la Historia.

Recordaremos siempre a los gloriosos Bayardos, por su espíritu puro, su amor a la familia, a los amigos, a la patria, su pasión por la justicia y el respeto al prójimo, su dignidad y sentido en el cumplimiento del deber.